

El enfrentamiento con la marquesa Barolo: opción vocacional definitiva de Don Bosco

A partir de textos de Arthur Lenti, Ricardo Cámpoli y salesianos de España

Don Bosco había sido contratado por la marquesa Barolo como capellán del Pequeño Hospital de Santa Filomena, que atendía a muchachitas discapacitadas. Cuando todavía estaba en construcción, en 1844, la marquesa accedió a que el Oratorio podía usar los “locales del capellán” para sus reuniones. Pero era inevitable que, al acercarse la terminación de la construcción del hospital, el Oratorio debiera encontrar otro lugar para reunirse.

Julia Colbert, marquesa de Barolo

“En nombre de mi difunto marido, que murió como un mendigo, yo debo dedicarme a todos los pobres y miserables. Debo expiar los seculares privilegios de mis antepasados, debo saldar las deudas que ellos han contraído con los parias y los explotados, debo igualar las implacables cuentas, que cada uno tiene con su propia conciencia. ¡Una voz amable e indulgente me empuja! Yo no tendré más grande dulzura que obedecer a aquel mandato.” Quien así se expresa es la Sierva de Dios Julia Colbert, marquesa de Barolo.

Giuseppe Tunninetti, en su libro “Santi, beati e venerabili piemontesi”, nos dice que esta influyente y rica mujer, intuyó rápidamente, junto a su marido, la necesidad de respuestas a una época que cambiaba vertiginosamente. Al lado de su inseparable marido, el marqués Tancredi Faletti de Barolo, Julia se dedicó a variadas obras de bien en favor de los pobres de Turín.

“Pero Julia no era una improvisada, sino siempre bien intencionada y generosa. Su proyecto educativo adoptado por las cárceles-modelo, con la aceptación de la autoridad civil, era fruto de su experiencia directa, de contactos con la educadora inglesa Elisabeth Fry y de la información reunida y estudiada de varios sistemas carcelarios”.

“Convencida todavía que la mejor reforma carcelaria consistía en la prevención y en la actividad de recuperación, a partir de 1823 y a fines de 1857 dio vida (en la región de Valdocco, la misma zona de Turín donde actuaron José Benito Cottolengo y Don Bosco) a una serie impresionante de obras caritativo-sociales: el Refugio para recuperación de mujeres dedicadas al vicio; el Refugio para recuperación de muchachas de la calle y en dificultad, menores de 15 años; las Hermanas Penitentes de Santa María Magdalena (hoy Hijas del Buen Pastor) para jóvenes que deseaban consagrarse al Señor; las Hermanas de Santa Ana (iniciativa de su marido Tancredi) para la educación de las muchachas hospedadas y educadas gratuitamente; el Hospitalito de Santa Filomena, para hospedar a niños minusválidos; la Giuliette, o sea niñas huérfanas hospedadas en una casa adyacente al convento de las Hermanas de Santa Ana; la Familia de operarios: tres pequeños pensionados para jóvenes trabajadores; y finalmente el taller de San José, para muchachas pobres.”

Si prestamos atención, veremos que antes de 1841 -año del comienzo de la actividad oratoriana de Don Bosco-, ya la marquesa de Barolo ha emprendido una serie de iniciativas en común con el marqués Faletti, con una característica “salesiana”: prevenir, recuperar, acompañar, sumarnos a la vida de los jóvenes más pobres, darles la oportunidad de mirar a lo alto.

Primer encuentro entre Don Bosco y la marquesa Barolo

El primer encuentro entre Don Bosco y la Marquesa de Barolo se dio en el momento en el cual el joven sacerdote desarrollaba su apostolado con los muchachos necesitados de Turín y terminaba su tiempo de “aprender a ser sacerdote” en el Convitto Eclesiástico.

Por mediación de Don Cafasso y el teólogo Borel, la marquesa Barolo había ofrecido un puesto de trabajo remunerado a Don Bosco, como capellán en el Pequeño Hospital, que aún se encontraba en fase de construcción. Mientras tanto, viviría y prestaría su colaboración al teólogo Borel en el

Refugio, un hogar para unas cuatrocientas muchachas pobres y abandonadas. Ambos compromisos, a priori, resultaban incompatibles con la continuación del Oratorio, que ya se había formado en torno a la iglesia de San Francisco de Asís, junto al Convitto, en pleno centro de la ciudad.

Don Cafasso, con su sabiduría de buen director espiritual, aconsejó a Don Bosco que aceptara los términos que le ofrecían, y “mientras tanto, Dios le pondrá delante lo que deberá hacer por la juventud”.

Y así fue: “Un nuevo sueño –en palabras del propio Don Bosco, en las Memorias del Oratorio– que parece un apéndice del de I Becchi cuando andaba por los nueve años” puso un poco de luz a la situación de incertidumbre que se presentaba: “Soñé que estaba en medio de una multitud de lobos, zorros, cabritos, corderos, ovejas, carneros, perros y pájaros. Todos juntos hacían un ruido, un alboroto, o, mejor, un estruendo capaz de espantar al más intrépido. **Iba a huir**, cuando una señora muy bien vestida a guisa de pastorcilla, me indicó que siguiera y acompañase aquel extraño rebaño; mientras, ella se ponía al frente. Anduvimos vagando por varios lugares; hicimos tres estaciones o paradas. A cada parada, muchos de aquellos animales, cuyo número cada vez aumentaba más, se convertían en corderos. Después de andar mucho, me encontré en un prado, en donde aquellos animales corrían y se alimentaban juntos, sin que los unos intentasen dañar a los otros. Agotado de puro cansancio, quise sentarme junto al camino vecino: pero la pastorcilla me insistió que siguiera andando. Después de un corto trecho de camino me encontré un patio grande, rodeado de pórticos y a cuyo extremo se levantaba una iglesia. En aquel momento me di cuenta de que las cuatro quintas partes de aquellos animales ya se habían convertido en corderos. A este punto llegaron algunos pastorcillos para custodiarlos, pero estaban poco tiempo y se marchaban. Entonces sucedió algo maravilloso: no pocos de los corderos se convertían en pastores, que crecían y cuidaban el resto del rebaño. Como aumentaba mucho el número de pastores, fueron dividiéndose y marchando a diferentes pastos, para recoger otros animales de otro origen.”

El sueño continúa, transmitido además en diversas versiones. La pastora le indica un campo, y una iglesia magnífica, en cuya cúpula aparece la inscripción *Hic domus mea, inde gloria mea* (Aquí está mi casa, de aquí saldrá mi gloria). En otra versión del sueño, transmitida por Don Barberis, la pastora le indica con el pie el lugar exacto donde fueron martirizados los santos patronos de Turín Octavio, Solutor y Adventor, mártires de la legión tebana. Juan Bosco identificará el lugar como el barrio periférico de Valdocco, derivación del latín *vallis occisorum* (valle de los muertos, de los mártires), y comprenderá que ése será el campo donde su Oratorio, su misión en medio de los jóvenes más pobres y abandonados, habrá de arraigar.

Será la mañana de Pascua de 1846 cuando Don Bosco se instale en Valdocco. Aún estamos en 1844...

Trabajando juntos

Don Bosco le puso como condición a la Marquesa que aceptaba el cargo si los muchachos lo podían visitar y ella no sólo admitió ello, sino que le dio permiso para que reuniera su Oratorio en los predios del Hospital de Santa Filomena. Era el tiempo en el cual Don Bosco recibía muchas críticas por su apostolado entre muchachos de la calle (dicen que está loco) y los juegos y actividades de los jóvenes serían motivo de inconformidades para la paz femenina del Refugio y del Hospital de la Marquesa.

Cuando se inauguró el Pequeño Hospital, Don Bosco empezó a ejercer de capellán del mismo, el trabajo por el que la marquesa lo había contratado en primer lugar. Según se comprueba por un intercambio de cartas entre el teólogo Borel y la marquesa Barolo, Don Bosco había estado enfermo desde que salió del Convictorio en 1844, y su enfermedad se iba haciendo progresivamente más delicada. Pero, a pesar de ello, los domingos, con la ayuda de don Borel y

de don Pacciotti, Don Bosco pasaba todo el día con sus muchachos y se mantenía disponible para ayudarlos en sus necesidades también durante la semana.

El invierno de Turín llega tarde, tal vez, pero deja caer por sus estrechas calles espesas y grises nevadas, que dan a la ciudad meses de frío continuo y deprimente. Los pulmones de Don Bosco, durante aquellos meses, demuestran una fragilidad preocupante. El teólogo Borel se da cuenta de ello y se lo dice a la marquesa Barolo. Esta entrega cien liras a Don Bosco para el Oratorio, y le ordena "que cese en toda suerte de trabajo hasta su perfecto restablecimiento".

Don Bosco obedece rompiendo todo compromiso, menos el de sus muchachos. El provecho que de ello saca para su salud no es suficiente, y tiene que rendirse a la evidencia pronto.

Pero la preocupación por la salud es poca cosa, por el momento, frente a las nubes plomizas que empiezan a cubrir el Oratorio. Escribe con amargura, en las Memorias del Oratorio: "Fue, precisamente por aquel tiempo, cuando se propagaron habladurías muy extrañas. Unos calificaban a Don Bosco de revolucionario, otros le tomaban por loco, o hereje".

La Marquesa tenía proyectos sobre su joven capellán, a quien admiraba y valoraba mucho; deseaba hacer todo lo que estuviera en su mano para hacerle recuperar la buena salud y mantenerlo en sus instituciones.

Este es el contexto del enfrentamiento de la marquesa con Don Bosco y de su ultimátum, según cuentan las Memorias del Oratorio, y se recogió, añadiendo algún material, en las Memorias Biográficas.

Un diálogo, que es opción y ruptura

La escena es elocuente. La Marquesa Barolo está muy preocupada por el futuro de sus instituciones para ayuda a los más necesitados y por la salud de Don Bosco. También está muy inquieta ante los muchos comentarios que sobre Don Bosco corrían por la ciudad de Turín. Le acusan de loco, de estar trastornado de la cabeza por andar siempre con los jóvenes abandonados... Así, le ofrece a Don Bosco la enorme cantidad de cincuenta mil liras (ocho años de sueldo) para que se vaya de Turín a descansar y recuperarse. Además le pide que se dedique sólo a sus instituciones y que deje a los jóvenes abandonados.

Don Bosco sabe que la Marquesa Barolo le quiere mucho y busca su bien, pero responde que: *"yo no me he hecho sacerdote para atender mi salud"*.

La negativa de Don Bosco ante la oferta hizo que la Marquesa acudiera a una solución más drástica: si Don Bosco no aceptaba dejar a los muchachos, quedaría despedido, a lo que responde Don Bosco:

Don Bosco contesta con claridad: *"Mi respuesta está pensada. Usted tiene dinero, y encontrará fácilmente cuantos sacerdotes quiera para sus instituciones. No pasa lo mismo con mis pobres chiquillos. Si ahora yo me retiro, quién se ocupara de ellos. Por tanto... me daré de lleno al cuidado de los muchachos abandonados"*

Ante la insistencia de la Marquesa, Don Bosco se mantiene firme: *"Lo he pensado, señora marquesa. Mi vida está consagrada al bien de la juventud. Agradezco sus ofrecimientos, pero no puede alejarme del camino que Dios me ha trazado"*.

El rechazo a la ventajosa propuesta de la Marquesa de Barolo confirmó los rumores de la locura de Don Bosco entre los críticos de ese primer tiempo de su Oratorio. Dejar seguridades, un sueldo, quedar a la deriva y abandonado, siendo mal visto por sus colegas sacerdotes... todo por dedicarse a un grupo de salidos de la cárcel... ¿dónde vivirá? ¿de qué se alimentaría? ¿por qué

apostar a lo incierto? ¿habrá hecho “estudios de prefactibilidad” sobre la conveniencia del paso que va a dar? ¿estaba ya escrito, analizado y aprobado su “plan de acción”, con objetivos primarios y secundarios? ¿con qué criterios se mueve Don Bosco? ¿a qué apuesta? ¿cómo sostiene sus opciones?

La escena distanció a los dos benefactores de la juventud turinés de la época, cada uno a su modo, pero el tiempo mostraría no sólo una gran armonía entre ambos personajes, sino un complemento en bien de los jóvenes de la región.

El Oratorio se marchó del Pequeño Hospital, y pasó por un período de continua peregrinación que le llevó hasta cinco diferentes lugares. Por fin, el 1 de abril de 1846 se asentó en la propiedad de Pinardi, en Valdocco, su definitiva residencia.